

MINISTERIO DE EDUCACION  
SUBSECRETARIA DE CULTURA  
DIRECCION NACIONAL DE ANTROPOLOGIA Y FOLKLORE

# CUADERNOS

# 13

INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGIA

MINISTERIO DE EDUCACION  
SUBSECRETARIA DE CULTURA  
DIRECCION NACIONAL DE ANTROPOLOGIA Y FOLKLORE

C U A D E R N O S

**13**

INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGIA

# A U T O R I D A D E S

**Ministro de Cultura y Educación:**

Prof. Antonio Francisco SALONIA

**Subsecretario de Cultura:**

Dn. José María CASTIÑEIRA de DIOS

**Directora Instituto Nacional de Antropología:**

Dra. Diana Susana ROLANDI de PERROT

**Comité de Publicaciones:**

Dra. Martha BLACHE, Dr. Alberto Rex GONZALEZ, Dra. Esther HERMITTE, Prof. Félix SCHUSTER, Lic. Hugo RATIER y Lic. Luis ORQUERA.

## **COTIDIANEIDAD Y CULTURA POPULAR**

Elizabeth Jelin \*

La tradición sociológica, anclada en el análisis de estructuras y sistemas sociales, tiene poco para ofrecer en el estudio de la cultura popular. Para comprender la naturaleza de la matriz cultural con la cual la gente de carne y hueso organiza su quehacer y da sentido a su acción, se hace necesario salir de ella y encontrarse con sujetos y actores, con sus lógicas y sus interpretaciones del mundo. Privilegiar una mirada sobre la organización de la cotidianidad, sobre los contenidos del sentido común, sobre las prácticas sociales, no pretende anular —más bien complementar y corregir— la atención puesta sobre las estructuras, las instituciones y los sistemas de valores.

En esta perspectiva, este trabajo presenta primero una visión, esquemática y provisoria, de la matriz histórico-cultural con que fueron constituyendo los parámetros de interpretación de la vida cotidiana de las clases populares en la Argentina urbana. Se presenta luego una descripción de ese marco de referencia cultural en la década del ochenta, período de gran cambio en la sociedad argentina de democratización política con recesión y crisis económica. Finalmente, se presentan algunas reflexiones de carácter más general sobre el estudio de la cotidianidad.

### **La Matriz Cultural Argentina, el Peronismo y la cotidianidad: una dimensión histórica**

El proceso de formación histórica de la Argentina está marcado desde sus inicios como nación independiente por la penetración de las ideas de modernidad y progreso. Se trata de una historia de discontinuidades y de intentos de destrucción de los "otros" —las poblaciones nativas extirpadas, la "conquista (y apropiación) del desierto", luchas facciosas entre bandos dispuestos a aniquilar al otro—. El proyecto de país que se impuso en estas luchas del siglo pasado, el proyecto ganador, fue el de una sociedad civilizada, blanca, europea de origen y de espíritu. A pesar de la primacía de la visión liberal, proyectos alternativos y visiones contrastantes —el revisionismo histórico en todas sus manifestaciones— no dejaron de estar presentes en el debate ideológico y en la lucha política.

\* CEDES/CONICET.

Más allá del debate ideológico en la elite nacional, la idea de progreso caló hondo en el grueso de la población, en especial en las áreas urbanas, una población que durante décadas definió sus ilusiones de progreso en términos de un proyecto de mejoramiento y movilidad social a través de prácticas individuales y familiares. Había que "hacer la América" sobre la base del esfuerzo y el trabajo, el ahorro, la educación a los hijos como inversión familiar de largo plazo. Esta "ideología del inmigrante" fue el motor de los enormes contingentes de migrantes de ultramar; también se constituyó en la orientación dominante entre los nativos urbanos, hijos de los inmigrantes recientes, de migrantes de origen rural o descendientes de generaciones anteriores de inmigrantes y nativos. Así, los migrantes internos que fueron llegando a Buenos Aires (y a otras ciudades) desde los años treinta venían buscando oportunidades de progreso en el mundo laboral, en la educación, en el acceso a los bienes y servicios modernos de la ciudad (1).

La fuerza de esta temprana orientación hacia la movilidad social individual/familiar en la cultura urbana argentina, tanto entre las clases medias como en la clase trabajadora, se magnifica cuando se compara a la argentina con otras culturas populares de la región. Allí donde hay tradiciones de solidaridad comunal, de formas de intercambio de trabajo (cultura andina), o una cultura campesina comunitaria con raíces étnicas fuertes (México y América Central), la ideología del progreso individual aparece mucho más tarde y menos expandida: es la orientación de clases medias modernizantes, y aún entre ellas, muy mezclada con tradiciones colectivas ligadas al parentesco y a los orígenes.

El peronismo, como fenómeno político y cultural de formación de una identidad colectiva, se instala sobre esta matriz cultural (2). La conformación de una identidad popular peronista no implica, como podría suponerse en una visión ingenua que toma las palabras en un sentido literal, una identidad "colectivista" o comunitarista. Es colectiva en el sentido de ser extensiva a grandes sectores de la población (al menos un tercio, o más, de la población argentina es —o fue— peronista, independientemente de cómo y por quién votó en una elección específica). Pero no es colectivista en términos del proyecto, de las prácticas o de la utopía que propone: de hecho, el gran logro de Perón, artífice de esta identidad peronista-popular, fue la incorporación social, económica y política de las clases populares. Se trató de una incorporación de carácter muy especial: políticamente, canalizada por el movimiento pero-

(1) La caracterización de la idea de progreso y movilidad en la cultura urbana argentina ha sido analizada por Gino Germani, en sus trabajos de los años cincuenta y sesenta.

(2) En un reciente trabajo de síntesis interpretativa, de Ipola (1989) revisa las principales "lecturas" (política, sociológica e ideológica) del peronismo, analizándolas desde la perspectiva de la continuidad/discontinuidad teórica e histórica que dichas lecturas proponen. La hipótesis que guía su interpretación es que "las interpretaciones guardan entre ellas relaciones de **discontinuidad** que se manifiestan en los marcos teóricos utilizados por cada una..." y por "la existencia de lazos de **continuidad histórica** entre el peronismo y la etapa que precedió a su surgimiento" (de Ipola, 1989, p. 332). Concordando con el análisis del autor, lo que aquí se propone es una lectura cultural de la cotidianidad, lectura que enfatiza la continuidad histórica con rasgos de la cultura cotidiana preexistente, polemizando con interpretaciones que han puesto el énfasis sobre el carácter colectivo de la identidad peronista.

nista y su participación en el sistema político (a través del Partido Justicialista y de actores corporativos, especialmente el sindicalismo); económicamente, a través de la expansión del empleo, de los salarios y de la protección de los trabajadores; socialmente, a través de la ampliación de los derechos de ciudadanía social y del reconocimiento y valorización de lo "popular" como parte legítima de lo "nacional". En esta operación, la confrontación ideológica se dio en contra de la tradición liberal.

Al respecto, el desarrollo industrial en la posguerra implicó la expansión del mercado interno de los nuevos bienes industriales producidos localmente, y esto significó el desarrollo de un modo de vida y la creación de una cultura urbana orientada al consumo. Este proyecto llevó simultáneamente a la ampliación de las oportunidades de empleo urbano vinculadas a la producción para el consumo interno (3).

En este contexto de crecimiento, el auge del peronismo a fines de la década de los cuarenta llevó al mismo tiempo a la incorporación socio-política de los sectores trabajadores y a su incorporación cultural, coexistiendo la expansión de las organizaciones obreras y la expansión del consumo de bienes masivos. Ser 'ciudadano' en sentido amplio es tener derechos políticos, acceso a bienes y servicios sociales, pero también un estilo de vida basado en bienes industriales (la cocina a gas y luego a gas, la heladera eléctrica, la radio, la ropa de producción industrial). La extensión de los derechos sociales, la expansión del mercado interno y del consumo de masas y la operación discursiva de nombrar e interpelar al "pueblo", articulando la identidad popular con la identidad nacional y otorgando al mismo tiempo "dignidad" a esa identidad, fueron los mecanismos que produjeron esta incorporación de las clases subalternas. Su identidad se conformó apelando a símbolos de participación social, especialmente en el consumo, más que a raíces ancestrales o a identidades históricas.

Lo que Perón logró, en esta perspectiva, es la ampliación de las oportunidades de movilidad social y la expansión de sus significados: no solamente se avanza acumulando un pequeño capital para abrir una empresa propia (que idealmente sigue creciendo); también se avanza aumentando el ingreso y mejorando el nivel de vida en lo que hace al consumo de bienes industriales y en el acceso a nuevos servicios (escuelas, vacaciones, etc.).

En las décadas siguientes, las transformaciones sociales y económicas del país no lograron quebrar las bases de esta matriz cultural y social. Las clases populares urbanas mantuvieron durante el largo período de proscripción del peronismo su lealtad y su identidad política. Mantuvieron también su orientación básica que anclaba la noción de bienestar en la convergencia entre los esfuerzos por la movilidad en el plano individual/familiar y el acceso a los servicios sociales del estado, concebidos como derechos ciudadanos.

En cuanto a la constitución de la nacionalidad, muchas veces se ha dicho que en comparación con otras realidades latinoamericanas, la

(3) Más adelante, ya en los años setenta y debilitada la capacidad de absorción de empleo por parte de la industria, las reivindicaciones "mercado-internistas" dejarán de asociarse tan estrechamente a la creación de fuentes de trabajo en el sector privado y la demanda de "más empleo" será con frecuencia "más empleo público".

sociedad argentina es socialmente homogénea. En un sentido, esto es así: no hay poblaciones indígenas de importancia (fueron exterminadas tempranamente) ni raíces culturales y étnicas fuertes. Los orígenes europeos de la gran mayoría de la población, especialmente la urbana y la de las regiones centrales, unida a una historia de alta movilidad social, dan cuenta de la relativa falta de cortes y clivajes sociales. Estructuralmente, además, existe desde temprano un predominio y penetración del mercado nacional y del espacio político nacional en toda la extensión del territorio. Esto ha llevado a pensar que la homogeneidad socio-cultural y la integración (y el centralismo) económica y política son buenos indicadores de la existencia de un espacio y de una identidad nacionales claramente constituidos.

Sin embargo, la "cuestión nacional" fue y continúa siendo relevante en el país, aunque de manera diferente que en otras realidades latinoamericanas. La construcción de una sociedad y un estado en áreas relativamente vacías, basada en la inmigración ultramarina relativamente reciente y con una propuesta ideológica modernizante que llega a ser hegemónica, tuvo como consecuencia la ausencia de una conciencia histórica popular y de una memoria colectiva, elementos fundantes de identidades con raíces fuertes.

En este trasfondo histórico signado por la falta de anclajes definitorios de identidades culturales, la búsqueda de la nacionalidad fue más de carácter intelectual e ideológico, conformando un movimiento nacionalista ideológico fuerte y sectario de la década del treinta, que intentó glorificar sentimientos nacionales ligados a símbolos e imágenes implantados desde afuera y desde arriba. En este contexto, el peronismo logró unificar en su propuesta anti-liberal elementos nacionalistas con contenidos populares, sin lograr, sin embargo, la implantación de una identidad nacional fuerte.

Consecuencias de este proceso histórico son un extendido sentimiento de falta de arraigo y la primacía de intereses de corto plazo en la vida cotidiana y en la escena política. La emigración aparece repetidas veces en la historia, como alternativa al desencanto, conformando nuevamente una salidad individual/familiar.

## **Los Años Ochenta en la Cotidianidad Popular**

Vista desde esta orientación cultural históricamente constituida que organiza la vida cotidiana, la crisis de los años ochenta significa un duro golpe. Si con los vaivenes y la inestabilidad económica y política de las últimas décadas hubo momentos o períodos en los cuales los proyectos familiares debieron ser suspendidos, siempre quedaba la esperanza (confirmada en la práctica por el paso del tiempo) de que la situación era reversible y el camino del progreso y el mejoramiento iría a ser retomado. En la última década se ha ido perdiendo la visión de transitoriedad de la situación de crisis y, con ello, se ha ido extendiendo la desesperanza.

En realidad, el deterioro de las condiciones de vida fue muy significativo a partir del golpe militar de 1976, con una disminución drástica del salario real y un progresivo deterioro de los servicios sociales. La década de los ochenta comenzó con los primeros indicios de crisis del

régimen militar —la transición de la primera a la segunda junta militar, de la presidencia de Videla a Viola—; vino después la descomposición del régimen a partir de la guerra de las Malvinas, seguida por crecientes expectativas centradas en la transición a la democracia y por la esperanza de que ésta iría a resolver todos los males.

Una preocupación popular central durante la transición estuvo anclada en el nivel de vida: se esperaba que el régimen democrático fuera capaz de revertir rápidamente la situación de deterioro, reencarnando la ilusión del progreso que se había ido perdiendo durante la dictadura. La incapacidad de generar tal reversión en las tendencias de crecimiento económico y de redistribución del ingreso se manifiestan, para la mayoría de la población, en la disminución de los ingresos reales, en el empobrecimiento del acervo de bienes domésticos, en la contracción de la calidad y cantidad de servicios a los que se tiene acceso (sean de mercado o públicos), en la pérdida de puestos de mayor calificación, y de manera más dramática, en la aparición del desempleo y el subempleo como fenómenos sociales de alcance masivo.

Es sabido que los procesos socioeconómicos y políticos son lentos. En la mayor parte de la población había una expectativa generalizada de cambio inmediato a partir del cambio de gobierno. La democracia permitiría encontrar, de la noche a la mañana, el camino para la resolución de todos los problemas. Las promesas de los diversos partidos políticos alentaban, sin duda, estas esperanzas. En estas circunstancias, la cuota de paciencia política era baja (4). Cuando, hacia el inicio de los noventa, la incertidumbre cotidiana está centrada para muchos en encontrar alguna forma de empleo o en lograr sobrevivir en un nivel de consumo mínimamente aceptable, cunde la apatía y la sensación de que "todo tiempo pasado fue mejor".

En términos de la cultura popular de la cotidianidad, la crisis significa desilusión y desencanto, un quiebre de esperanzas y proyectos, la incertidumbre generalizada. Y esto se está dando en un marco cultural que no cuenta con mecanismos alternativos de solidaridad e intercambio basados en el parentesco, el grupo étnico o cualquier otra raíz histórico-cultural.

La acción colectiva ligada a las modalidades de articulación de las demandas populares sigue el ciclo de las expectativas: la década de los ochenta se inicia con la emergencia y el lento crecimiento de acciones colectivas masivas centradas en dos temas, los derechos humanos y la demanda de democratización por un lado, las reivindicaciones barriales de acceso a servicios públicos y de bienestar local por el otro (Jelin, 1985 y 1986). En el primer tema, además del accionar de las organizaciones de defensa de derechos humanos y de las denuncias internacionales, el fenómeno novedoso del período fue la emergencia de la protesta juvenil ligada a una expresión cultural por excelencia, la música. El movimiento del "rock nacional" manifiesta la simbiosis de varios elementos: lo político y lo estético fundidos en una misma actividad; lo expresivo simbólico ligado a la construcción de identidades y de valores colectivos; el refugio de valores universales (paz, solidaridad, amor, justicia) en un

(4) La relación entre la viabilidad de la democracia y una alta dosis de paciencia social es discutida por Hirschman (1986). Przeworski (1984) analiza la relación entre democracia y el "amor a la incertidumbre".



movimiento con fuerte presencia contestataria (Vila, 1985). En cuanto a la protesta barrial, los años finales de la dictadura presenciaron movimientos de tomas de tierras urbanas —fenómeno novedoso en la historia urbana argentina— y protestas por costo de vida e impuestos, dirigidas al estado y ancladas en las dificultades de satisfacción de las necesidades cotidianas (González, 1985 y 1988; Fara, 1985). Vistos en la perspectiva de los acontecimientos finales de la década (los saqueos y ollas populares de 1989) estos movimientos significaron la entrada a la escena social pública de asuntos que tradicionalmente se discutían y resolvían en el ámbito doméstico/privado (Jelin y Pereyra, 1990).

Luego vienen la movilización política vía partidos para las elecciones de 1983 y las esperanzas puestas en la activación de las instituciones democráticas. De este período se pasa a la rearticulación y fortalecimiento de los tradicionales actores corporativos y a la fragmentación y fractura de la acción colectiva popular, apatía y retraimiento (interrumpidos en parte durante la campaña electoral del 88-89), y un encierro en espacios privados desde los cuales se sale sólo cuando se llega al límite de la capacidad de sobrevivir —los saqueos y las ollas populares son, en este sentido, las opciones colectivas con las que se cuenta.

En este contexto de crisis que afecta el bienestar en sus manifestaciones más inmediatas y tangibles, las cuestiones ligadas a la democracia y a la institucionalidad política cobran un sentido muy especial. Las clases populares de Buenos Aires visualizan una distancia grande entre el “acá” y el “arriba”, entre las necesidades sentidas y vividas concretamente y la política, anclada principalmente en los partidos y secundariamente en el aparato del estado (Jelin y Vila, 1987a). Para ellas, la acción colectiva se basa en la demanda directa, en el movimiento social que unifica y aglutina voluntades para resolver cuestiones que parecen obvias y transparentes. La imagen social de los partidos y de la política, en cambio, los visualiza como intrínsecamente malos, distantes de las prácticas cotidianas de los sectores populares, que dividen en lugar de unir, que no dicen la verdad y que se orientan por los intereses (a menudo personales, aún corruptos) de esa categoría social nada prestigiada en la población que son “los políticos”. Esta visión arrastra con su estigma a todo el sistema político y con éste, también a la democracia, identificada como la “democracia de los políticos”, no como “mi/nuestra” democracia. Política, parlamento y democracia son conjunta o separadamente cuestionados en el sentido común de los sectores populares urbanos. Como lo expresa un testimonio,

Me acuerdo de un cartel que decía: “Nosotros estamos con la democracia. Ella, ¿está con nosotros?” (Jelin y Vila, 1987b, p. 127).

## **Algunos comentarios conceptuales**

¿Cómo acercarse a estudiar una visión de mundo, una weltanschauung? ¿De dónde salen las afirmaciones e hipótesis presentadas más arriba? En tanto lo que interesa es el contenido de la cultura popular, los discursos formales y organizados, los textos, no son el material empírico para analizar. Más bien, resulta importante privilegiar el análisis de la

cotidianidad y de las prácticas colectivas, con todas sus contradicciones, silencios, ausencias y vehemencias.

La gente dedica gran parte de sus vidas a las prácticas cotidianas, desplegando contenidos implícitos, no verbales, orientados a la práctica del quehacer y no a la interlocución con un sujeto diferente (sea el texto a ser transmitido o en este caso, la pregunta del investigador/a). Estudiar la cotidianidad, sea en un momento contemporáneo o históricamente, implica confrontar desarticulaciones, fragmentos que sólo cobran sentido en un marco interpretativo mayor. Supone poder tolerar e interpretar ambigüedades y contradicciones en lo expresado por un mismo sujeto en distintos momentos y situaciones; contradicciones entre los contenidos verbales y las prácticas, gestos e imágenes; entre lo verbal articulado y el discurso incidental; entre el carácter instrumental y adaptativo de las prácticas cotidianas y la concepción valorativa más explícita a la que adhieren las personas. Estas contradicciones e incongruencias expresan la heterogeneidad y la segmentación de la organización de la vida y el mundo.

Aunque la vida cotidiana se vive generalmente como adaptativa y no conflictiva, sus parámetros están dados por la inserción en la estructura social, es decir, por la subordinación/poder y por el acceso diferencial a los capitales sociales y culturales. Esto implica una tensión permanente y una conflictividad de clase subyacentes a todos los fenómenos sociales. En términos macrosociales, implica postular las oposiciones de clase y la simultaneidad de prácticas de dominación y de internalización de la cultura hegemónica por un lado; de resistencia y lucha transformadora por el otro.

La cotidianidad es fuertemente instrumental, constituida por acciones y reflexiones de corto plazo, con sentido práctico más que simbólico o ideológico. Sin embargo, es posible detectar una lógica predominante o un patrón de comportamientos que cobra sentido en el nivel simbólico, ideológico y/o de la construcción de la identidad. La cotidianidad se refiere a la vida sin eventos, sin interrupciones, sin momentos de crisis. Los principios que articulan o que orientan las prácticas en momentos excepcionales son otros, con formas de acción en los ámbitos privado y público muy diferentes. No hay por qué esperar coherencia entre ambos.

Por ejemplo, las movilizaciones de Semana Santa de 1987 mostraron la existencia de una población dispuesta a salir a la calle en un momento de crisis, a gritar y a defender la democracia conseguida. ¿Cómo interpretar esta presencia? ¿Cómo contrastarla con una vida cotidiana signada por la desilusión, la desesperanza, la queja de que el régimen democrático no responde a las expectativas y deseos? La gente salió a la calle en Semana Santa, pero de esto no se puede inferir la disposición para la movilización permanente. Puede ser un indicador de una fuerte voluntad de participación; el desafío está en poder traducir esta voluntad en formas de participación y de apropiación de la democracia en la vida cotidiana, y esto no está asegurado. Más bien, la realidad del país en los últimos años indica que la voluntad "molecular" de participación no logra articularse en actores colectivos y en movimientos sociales.

Desde la perspectiva de las clases subalternas, la cotidianidad está permeada de prácticas de resistencia, de pequeños boycotts y trans-

gresiones. El problema está en comprender los mecanismos de transformación de éstos en prácticas colectivas, en procesos de construcción de sujetos colectivos y de movimientos sociales. En este sentido, los procesos de formación de identidades colectivas requieren la presencia del otro, el reconocimiento de la diferencia. No siempre ese otro es visualizado en relación antagónica o conflictiva con uno (Jelin y Vila, 1987a y 1987b). Esto es especialmente significativo en la organización de la cotidianidad, y es lo que se quiebra en los momentos excepcionales, donde la definición de la situación incluye la oposición conflictiva entre un "nosotros" y un "los otros".

En síntesis, y para reafirmar la idea guía de esta presentación, la búsqueda de comprensión de la cultura popular pasa por estudiar la organización de la vida cotidiana, las prácticas colectivas y las modalidades de definición de las identidades colectivas.

## BIBLIOGRAFIA

de IPOLA, E.

1989 **Ruptura y continuidad. Claves parciales para un balance de las interpretaciones del peronismo**", en: Desarrollo Económico Nº 115 Vol. 29.

FARA, L.

1985 **Luchas reivindicativas urbanas en su contexto autoritario. Los asentamientos de San Francisco Solano**, en: Jelin (comp.) 1985.

GONZALEZ BOMBAL, M. I.

1985 **Protestan los barrios (el murmullo suburbano de la política)**, en: Jelin (comp.) 1985.

GONZALEZ BOMBAL, M. I.

1988 **Los vecinazos, las protestas barriales en el Gran Buenos Aires**. Buenos Aires, IDES.

HIRSCHMANN, A.

1986 **The Political Economy of Latin-American Development: Seven Exercises in Retrospection**. Working Paper Nº 88. Kellogg Institute. University of Notre Dame.

JELIN, E. (Comp.)

1985 **Los nuevos movimientos sociales. Mujeres, rock nacional, derechos humanos, obreros, barrios**. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

JELIN, E. (Comp.)

1986 **Movimientos sociales y democracia emergente 1-2**. Buenos Aires Biblioteca Política Argentina.

JELIN, E. y PEREYRA, B.

1990 **Caring and Coping: Households, communities and public services in the making of women's daily lives**. Documento CEDES Nº 35. Buenos Aires.

JELIN, E. y VILA, P.

1987a **Cotidianeidad y política**, en: Punto de Vista, Año X, Nº 29.

JELIN, E. y VILA, P.

1987b **Podría ser yo. Los sectores populares urbanos en imagen y palabra**. Buenos Aires, CEDES/Ediciones de la Flor.

PRZEWORSKI, A.

1984 **Ama a incerteza e serás democrático**, en: Revista Novos Estudos Nº 9 CEBRAP.

VILA, P.

1985 **Rock Nacional, crónicas de la resistencia juvenil**, en: Jelin (comp.), (1985).